

# UN VIAJE POR EL LIBRO DE BUEN AMOR

*Raúl Gustavo Aguirre*

## I

### Las dos prisiones del arcipreste

❧ ————— ❧

Invierno del año del Señor de 1417. Alfonso de Paradinas ha estado escribiendo sin descanso desde la mañana. La claridad grisásea del día se desvanece en el rápido crepúsculo, pero el estudiante de Salamanca termina ya las últimas líneas del manuscrito que está copiando. El nostálgico tañido de una campana distante a la que, más lejos, responde otra y luego otra, le detiene un momento. Absorto, su pluma permanece inmóvil sobre el último trazo, como si ella también hubiese sido tocada por la melancolía del Ángelus.

Ha sido larga y fatigosa la tarea. Pero Alfonso la comenzaría de nuevo, y de buena gana. Porque no hay todavía nada escrito, al menos en romance, que sea tan grata, tan alegre, tan gustosa materia para un copista. Alfonso se inclina nuevamente sobre su manuscrito y redacta:

“Este es el libro del Arcipreste de Hita, el cual compuso seyendo preso por mandato del Cardenal Don Gil, Arzobispo de Toledo.” El joven leonés está contento con su trabajo. La Biblioteca de su Colegio de San Bartolomé ya no carecerá del precioso libro. Y los estudiantes podrán solazarse —lección más amena que Aristóteles— con el ingenio de Juan Ruiz, el clérigo que compuso esta obra “para escolares que andan nocherniegos.”

La pluma escribe ahora la fórmula latina de práctica: “Laus tibi Xriste, quem liber explicit iste”. Y luego el nombre de alguien que, aunque haya llegado después a ser no sólo catedrático sino también obispo, la historia recordará no obstante por este oscuro trabajo

de amanuense: “Affonsus Peratiñen”. Porque sólo con este su códice y otros dos, más antiguos pero menos completos, la paleografía —esa ciencia de pacientes— y la crítica —ese arte de mesurados— pudieron reconstruir el texto de esta extraña joya de la literatura medieval europea.

Así, el Arcipreste salió de una segunda y “oscura prisión”, a la que lo condenaron durante siglos los doctos que optaron por la letra alquitarada de su ilustre contemporáneo, el Infante don Juan Manuel.

## II

### Soy lo que digo de mí

❧ ————— ❧

¿Quién es el Arcipreste? Sólo sabemos aquello que se supone escribe de él en su libro: “uno que es de Alcalá” y a quien la Trotaconventos, su inmortal personaje, describe: es alto, de anchas espaldas, de andar enhiesto, la tez algo morena, el cabello y las cejas poblados y muy negros, los ojos pequeños, los labios gruesos, la nariz grande.

Por otros pasajes nos enteramos de que conoce muy bien la buena mesa y la serranía de su región, que es amigo de componer canciones y músicas, que sabe tañer varios instrumentos, y que es un incorregible enamorado. Además, no escribe como los clérigos, sino “en juglaría”, es decir, como cantan los juglares y el pueblo. Amigo de viejas celestinas, de criados pícaros, de gentes andariegas, nada de esto se contradice con su cargo de arcipreste, o sea, el principal de los clérigos de la villa de Hita, en la España del siglo XIV. ¿Acaso este alternar con pecadores no es propio de su estado? Como quiera que fuere, él lo comparte con una sencilla y pro-

funda devoción por la Virgen, con una auténtica piedad y algunas lecturas que le permiten citar o parafrasear ciertos nombres o sentencias ilustres.

Un carácter medieval, en suma: ingenuo, transparente y contradictorio hasta lo insensato, verdadera desesperación para quienes confunden moralina con análisis literario y se ven por ello en la situación de tener que realizar verdaderos malabarismos para reconciliar el hecho, demasiado evidente, de que Juan Ruiz se siente a sus anchas cuando escribe en primera persona sus aventuras, con la tesis –propuesta por el mismo arcipreste– de que su verdadera finalidad es mostrar los “muchos males e daños, / que fassen muchos e muchas a otras con sus engaños”, es decir, escribir un libro edificante.

### III

#### Tres contratiempos y una lección



En un comienzo sólo tenemos en él la narración de desventuras. El desdén, en primer lugar, de una dama, para la que compone un triste cantar. “Cantábalo la dueña, creo que con dolor”, comenta bellamente. Pero como sabe, al igual que Salomón, que “responder do non llaman es vanidat” se apartará de quien no corresponde a sus demandas, pero sin decir mal de ella, porque “de dueña mesurada siempre bien escribí”.

Para olvidar este episodio, envía a Fernand García –mozo de recado– a interceder por él ante doña Cruz, la panadera, pero este menester también termina mal: su propio embajador “fizos’ de la Cruz privado”, con lo que “a mí dio rumiar salvado, / él comió del pan más duz”.

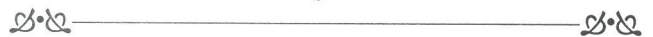
Pero su hado es amar, y por eso decide aún cortejar a otra dama, a la que describe “de talla muy apuesta y de gesto amorosa, / lozana, doñeguil, placentera, fermosa”. A ella dedica “trovas y cantares”, empero sin tener mejor suerte.

Una noche se le presenta el Amor, “un hombre grande, fermoso, mesurado”, a quien reprocha el andar “urdiendo siempre, cubierto so mal paño”. El Amor propone al Arcipreste que siga sus enseñanzas, porque de este modo ninguna dama lo rechazará. Y así le instruye: no se debe amar a las que no se avienen con uno; deberá servirse siempre de tercera de confianza; puede ser una vieja de esas “que andan las iglesias y saben las callejas” y mostrar constancia y generosidad. El dinero es amo y señor del mundo: aunque lo denuesten los monjes en las plazas, lo guardan en el convento: “Yo nunca vi fermosa que quisiese pobreza”. Y por último recomienda el Amor: Guárdate de cortejar a la casamentera: ello te haría perderla, que una manceba de otra siempre tiene animadversión. ¡Impagable Arcipreste! Además, guardarse de “decir necedat” porque “el buen callar cien sueldos vale en toda plaza”.

Vase el Amor, dejando a Juan Ruiz muy perplejo, ya que si él siempre fue discreto con las damas, ¿por qué jamás obtuvo nada de ellas?

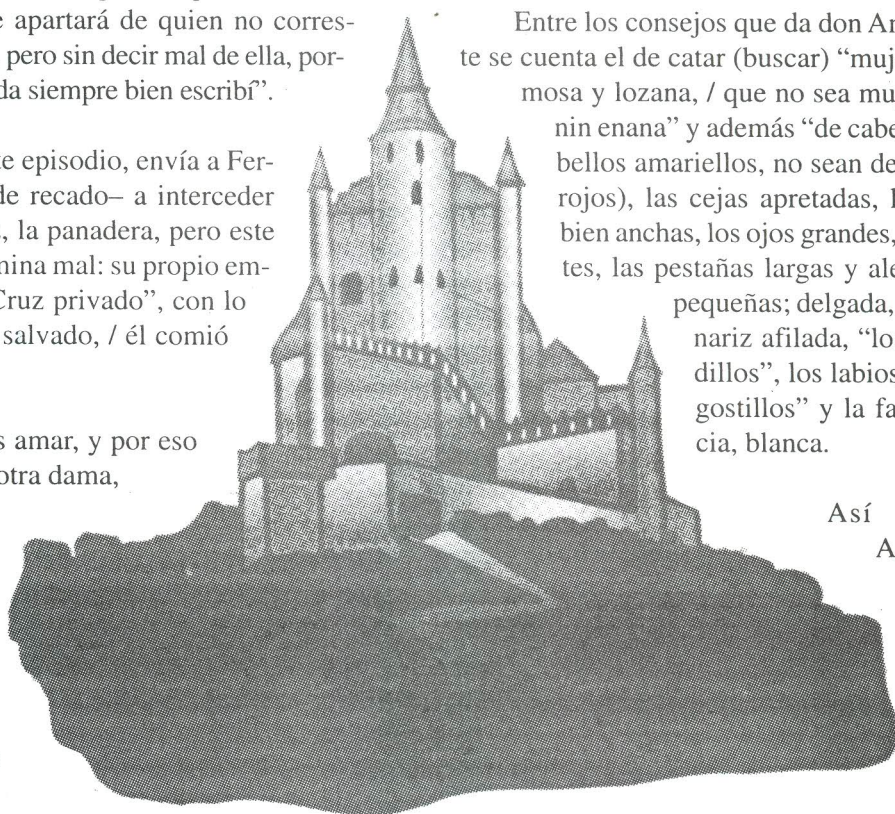
### IV

#### La mujer ideal



Entre los consejos que da don Amor al Arcipreste se cuenta el de catar (buscar) “mujer donosa y fermosa y lozana, / que no sea muy lengua, otrosí nin enana” y además “de cabeza pequeña, cabellos amariellos, no sean de alheña” (o sea, rojos), las cejas apretadas, las caderas más bien anchas, los ojos grandes, vivos, relucientes, las pestañas largas y alegres, las orejas pequeñas; delgada, el cuello alto, la nariz afilada, “los dientes menu-dillos”, los labios bermejos, “angostillos” y la faz con preferencia, blanca.

Así describe don Amor a la mujer ideal y con ello nos revela Juan Ruiz el arquetipo de belleza de su época, idéntico al



que recoge la pintura del prerrenacimiento italiano: un Cimabué, y su tal vez discípulo, el Giotto.

## V

### El triunfo de la constancia



Munido de los sabios consejos encontrará en quien aplicarlos. Ella es doña Endrina, cuya hermosura y donaire exceden el de todas cuantas hay en la villa. Es viuda, muy rica, joven, de gran linaje y “dueña de buen solar”. Pero hay un inconveniente: ella “no me precia en nada, esto me trae muy cuitado”. De modo que el galán ruega a doña Venus, “mujer de don Amor” que lo ayude. Esta repite los consejos de su marido y aún agrega otros, sin dejar de insistir en el de buscar “una buena medianera”. Vase doña Venus, dejando a su interlocutor muy apesadumbrado.

La aparición de doña Endrina es descrita con estas líneas inmortales:

*iAy!, icuán hermosa viene doñ'Endrina por la plaza!  
iQué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!  
iQué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buenadanza!  
con saetas de amor hiere cuando sus ojos alza.*

En un breve momento en que la dama queda sola, el enamorado se acerca y le confiesa su “queja de amor”. Doña Endrina le responde, también a boca de jarro: “Vuestros dichos no los precio dos piñones”. Pero como el galán insiste en sus argumentos recibe una respuesta de promisoria ambigüedad: “tiempo vendrá que podremos fablarnos este verano”.

“Fuese la mi señora”, anota contentísimo.

Ahora ha de ir en busca de la Trotaconventos, “artera y maestra”, una vieja cuyo oficio es ir vendiendo de casa en casa, y que sólo requiere le sea bien pagada su ayuda.

Pregonando manteles, la Trotaconventos consigue entrar en casa de doña Endrina y hacer las alabanzas de don Melón de la Huerta (nombre con que en adelante se mencionará al protagonista). Doña Endrina se enfada pero la vieja sigue con sus argumentos, que ilus-

tra hábilmente con fábulas. La acción se interrumpe porque el copista suprimió algunos versos, y luego asistimos a la conversación del galán con la Trotaconventos, quien le promete que tratará de conseguir que doña Endrina vaya a casa de ella para encontrarse a solas con él.

En efecto, vuelve la tercera a hablar con doña Endrina para convencerla de que vaya a su casa, que está cerca. Iremos –le indica– “calla callando”. Finalmente, como le relatan al enamorado, “otorgóle doñ'Endrina de ir con ella folgar, / e comer de la su fruta e la pelota jugar”.

Así lo hará un mediodía, “cuando yantaba la gente”. Después de un divertido monólogo de la Trotaconventos cuando ve que el amante encuentra la puerta cerrada (“iDon Melón! iSalid de ahí! ¿Os trajo el diablo? iNo quebrantéis mis puertas!”) seguiría el pasaje en que éste entra en la casa. Pero faltan treinta y dos coplas “que algún escrupuloso rasgó aquí en lo mejor del cuento”.

La historia tiene un *happy end*: “Doña Endrina y don Melón en uno casado son”. Es que se trataba en realidad de una fábula: “Díjela por dar ejemplo, non porque a mí avino”, afirma el Arcipreste. Y que los eruditos discutan.

## VI

### La vuelta a las andadas



Porque en seguida cuenta cómo, estando “sin amor y con cuidado”, se enamoró de una apuesta dama, “de talla de mejor de cuantas yo ver pude”, y además “hermosa, fijadalgo, de mucha juventud”.

Enamorado de nuevo, busca “Trotaconventos que siguiese este viaje”. No busca otro Fernand García –aclara–, porque se acuerda del criado que le birló la moza panadera. Pero ocurre que doña Urraca, la vieja a quien ha enviado, muere en medio de su gestión. Por causa de este disgusto, el galán se enferma y debe pasar dos días en cama.

## VII

### La sierra



Después de su enfermedad, decide “probar la sierra”, porque “probar todas las cosas el Apóstol lo manda”.

Allí le ocurren esos curiosos encuentros con las villanas que son tema de varias “cantigas” mucho más cerviles y realistas que las otras, tan célebres, del Marqués de Santillana. Veamos cómo describe a una de las seranas que encuentra: “Una yeguariza tísica, de talla de mal ceño: en el Apocalipsis, San Juan Evangelista no vio figura tal. No sé qué diablos querrá fantasma así”.

### VIII Batallas gastronómicas

Después de las cantigas sigue un cantar en honor de Santa María del Vado, virgen de quien es devoto y a la que va a velar, como los caballeros sus armas, en su santuario de la Sierra.

A un relato de la Pasión —compuesto también para honra de la Virgen— sigue otro pasaje muy singular de este *Libro*: la pelca que tuvo don Carnal con doña Cuaresma, verdadera batalla gastronómica en la que intervinen, de una parte, gallinas, perdices, conejos, capones, ánades, ánsares, cecinas, costados de carnero, piernas de puerco fresco, jamones enteros, tajadas de vaca, lechones, cabritos, quesuelos fritos, faisanes, pavos reales, gamos, jabalíes, ciervos, liebres, cabrones monteses, corzas, tocasas, bueyes y Don Tocino, “con mucha otra cecina”, y —por la otra— sardinas, anguilas de Valencia, truchas de alberche, atunes, cazones de Bayona, camarones del río de Henares, barbos, merluzas, langostas bermejas de Santander, arenques, besugos, sollos, pulpos, ostras, cangrejos, congrios, salmones y hasta la ballena. El ejército de don Carnal es puesto en fuga por estos soldados de doña Cuaresma.

### IX Varia materia

Era el día de Pascua. “El sol salía muy claro y de noble color”. Todos acuden a recibir cantando al Amor: “Allí sale gritando la guitarra morisca, / de las voces aguda, de los puntos arisca”. Describe Juan Ruiz profusión de instrumentos musicales, en un vivo cuadro de la alegría lugareña. Así, desfilan el corpudo laúd, la guitarra ladina, el rabel gritador, el salterio, la vihuela de pénola, la vihuela de arco, las panderetas, las ajorcas, las gaitas, las bandurrias, las trompas, los añafiles y tantos otros instrumentos de la época. Describe ade-

más, con pluma maestra, las procesiones de las órdenes religiosas, la llegada de don Amor y la puja de todos por llevárselo a su casa.

Siguen otras historias en las que la Trotaconventos es personaje indispensable, pero que no terminan según los deseos del galán: en un caso, la vieja “non pudo trabar, atar, ni dar un nudo”, en el siguiente, la dama se casa con otro y deja al galán “señero y sin fulana”, en otra ocasión la elegida muere y, por último, una mora a quien ofrece casamiento rechaza de plano el mensaje: “¡No, por Alá!”

Después, cuenta Juan Ruiz que compuso “muchas cantigas de danza e troteras / para judíos e moros e para entendederas”; también algunos cantares, “de los que dicen los ciegos, / e para escolares, que andan no- cherniegos”.

Pero —como yo vimos— doña Urraca, la Trotaconventos, muere: “ya non anda ni trota”, y él escribe entonces su bella imprecación a la Muerte: “¡Ay Muerte!, ¡muerta seas, muerta e malandante!” Magnífica oda elegiaca que de pronto empalma con la de doña Urraca.

Vienen a continuación un epitafio para esta última y un sermón sobre las armas que se requieren “para vencer el diablo, el mundo e la carne”, pero después de tan elevado texto irrumpen el gozoso poema titulado “De las propiedades que las dueñas chicas han” y el elogio de don Furón, mozo del Arcipreste, a quien toma como mandadero con lamentable resultado.

Por último, el autor explica “de cómo se ha de entender su libro”. Cualquiera que “bien trobar sopiere” puede añadir o enmendar, que él quiso dar solaz a todos hablando como un juglar. Y sólo pide como pago un Padre Nuestro y un Ave María en favor de su alma.

Cierran el libro otras composiciones, entre ellas la “Cantiga de loores de Santa María” y la célebre “Cantiga de los clérigos de Talavera”, de perenne vena festiva. Con esta pieza termina el primer códice de los tres en que ha llegado hasta nosotros este libro sin par, dorado por el claro sol del medioevo.